

Delfina Collado

## Raquel, una guerrillera

Temprano por la mañana de ese domingo, su amigo de la infancia llegó con dos compañeros, después de estacionar sus motocicletas frente a su casa. Se las presentó. Uno era arquitecto. No le llamó la atención, pero el otro, Quintiliano, de frente señorial, barbado, melencólico, mirada invernal que a veces se ensombrecía aún más y nariz griega; de buenas proporciones; con ropa no muy nueva, la fascinó.

Y los motos arrancaron en medio del escándalo callejero.

Fueron al balneario. Se zambulleron en la piscina. Más tarde ballaron.

Se enamoró de él de inmediato, sintiéndose como una gacela quebrantada entre sus brazos.

Quintiliano vino para abrir su consultorio en el país. Era el joven médico de moda. Raquel lo buscó días después en él, con la excusa de las fotografías tomadas en el balneario, mas no había necesidad de tal. El doctor también gustaba de ella.

Debido al éxito del nuevo médico, los profesionales más antiguos que iban perdiendo su clientela, comenzaron a sentir celos. Pusieron entonces de acuerdo para perderla: — Extranjero indeseable. Comunista. Y de común acuerdo decidieron ponerle un cargo de armas, acusarlo de planes subversivos y echarlo del país.

Una vez desconocida dio el aviso. La policía hizo el registro.

Encontraron armas en el desván de la casa. El Ministro de la Defensa le dio cuarenta y ocho horas para salir del país. Siendo un desterrado político, el doctor no podía regresar a su patria y así decidió irse a otra ciudad. En el país de su destino fue detenido al llegar al aeropuerto. Podía estar sólo en tránsito. Decidió entonces continuar viaje al Norte, siendo escoltado hasta el avión.

Ya en el Norte, le fue más fácil la vida. Desde allí llamó a Raquel pidiéndole que lo acompañara. Sus vidas eran dos ansias de vivir, unidas por dos tremendos destinos.

Mientras los dedos de su mano espumaban el mar en su luna de miel, Raquel comprendió que su marido luchaba por la libertad de su patria. Por derrocar un régimen de gobierno que tiranizaba al pueblo... Quintiliano era un líder de la oposición. Y Raquel quiso ayudarlo. No había hijos de por medio que crearan problemas.

Así, la mujer fue entrando poco a poco en el engranaje de la oposición. Asistió a clases de entrenamiento. Táctica de guerrillas — Amaba a su marido... Montar y desmontar armas. Tirar al blanco, con magníficos resultados. Avanzar tirada por los suelos llenos de barreales. Cruzar entre campos sembrados de bombas. Vivir en trincheras. Saltar obstáculos. Se había convertido en una guerrillera.

Comenzó a viajar de país en país llevando mensajes y dinero.

En el envío de armas, con destino a ... Raquel.

En el envío de armas, con destino a ... Raquel.

En el envío de armas ... Raquel.

Raquel, linda, de figura pequeña, decorativa mujer de abuelo, fue convertida por amor en una guerrillera.

—“Raquel, le dijo Quintiliano aquella noche: — el enlace que teníamos para el trabajo de mañana, está preso. Los del partido me han pedido que te diga si tú quieres tomar su lugar ... La decisión es tuya; yo no te obligo...”

Raquel peinó sus cabellos en alto. Dentro de ellos escondió los billetes. Tomó luego la carta para memorizarla, rompiéndola después. Puso el pasaporte en su bolso de mano, y partió.

¿Quién dio la voz de alarma?

Nunca se supo.

La mujer fue tomada prisionera al no más llegar a su destino. Una cárcel de mujeres fue su encierro. Más tarde la sometieron a interrogatorio bajo luces rutilantes.

—Estaba aterrada—.

En ese nivel de presas políticas, todas vivían con la angustia del mañana:

¿Cuántos días más vivirían?

¿Cuál sería la próxima en ser fusilada?

Muchas de ellas por pasatiempo escribían largas cartas. Otras se mataban para no hablar, aborciéndose con sus propias manos. Eran gritos encadenados.

Desconfiaban unas de otras. Aquellas se agazapaban en el suelo, llenas de pánico, esperando algo. Odiando. Temiendo.

—Temiendo el silencio ensordecedor de las sombras misteriosas.

Los interrogatorios se sucedieron. Ella no sabía nada. No lograron sacarle nada.

Su suegro con influencias, un buen abogado y dinero, logró que saliera libre.

—Fue una pequeña, dura experiencia su misión.

De nuevo supo de amor, de juventud, al lado de su marido. El doctor continuaba en su lucha contra el régimen tirano. Grupos aislados en el extranjero recogían dinero, compraban armas y trazaban planes.

Todo consistía en ponerse de acuerdo, tanto los que trabajaban en el interior del país, como los que actuaban en el extranjero. Ahora era más difícil. Se necesitaba perfeccionarlo todo más. Al comienzo, los miembros de la oposición eran guerrilleros entrenados luchando contra militares. Hoy día eran guerrilleros luchando contra militares, si —600 hombres castrenses especializados—, eran la guardia personal del mandatario, preparados en tácticas de guerrilla en el Viet-Nam.

Era difícil llegar.

De nuevo el marido — médico, le habló a su mujer: —“Raquel, el partido te necesita. Es mi patria y la tuya.

¿Estás dispuesta?

El levantamiento tiene que ser a una misma hora, en distintos lugares, el mismo día. Sólo así... Tienes que hablar con el General Mangoré. Llevarle este texto memorizado y entregarle este dinero. Esperarás contestación. Dentro de tres días tienes que estar de regreso. No puedes tardar más de ese tiempo, pues al tercero nosotros abriremos el fuego”.

Raquel tomó el avión que la llevaría al país vecino. Había memorizado el mensaje. Llevaba el dinero y una pequeña bolsa de mano. Regresaría dentro de tres días.

Al llegar a su destino, obtuvo comunicación con el General Mangoré. Dijo el santo y seña, logrando así que le diera una cita. Habló con él; le dio el mensaje y el dinero; pidiéndole contestación.

Mangoré le contestó que se la daría al día siguiente.

La mujer no durmió esa noche. Le urgía la contestación... Un sólo golpe, a la misma hora; el mismo día, en distintos lugares.

Todo acabaría bien. No lograba encontrar al General, había desaparecido. ¿O no había llegado? ¿O acababa de salir?... ¿O estaba en una reunión? ¿Estaba almorzando? ¿De nuevo había salido?

Para adelantar Raquel llamó a la compañía aérea, reservando un lugar para ella, a las tres de la tarde.

Por el momento siguió buscando al General. Mas, ya no había tiempo de visar... El término había vencido sin respuesta...

Raquel tomó un taxi que la llevaría al aeropuerto. En el camino, la radio dio noticia del levantamiento en armas en la frontera Norte.

—¿Qué podría esperar?

Casi al llegar al aeropuerto, la radioemisora dio de nuevo otra noticia: el General Mangoré se había suicidado.

Mangoré, el amigo de su marido.

El corazón comenzó a latirle locamente. ¿Tendría tiempo de marcharse? ¿Podría salir del país?

—Aunque nadie — así lo creía ella — sabía de su misión—. Entró al aeropuerto. Sellaron su

pasaporte... Por fin, llena de esperanza logró acercarse a la esbelta que la conduciría al avión...

A su mano sobre su brazo la detuvo. La señora Quintiliano: —“Acompáñeme. Está usted detenida. Mi sargento quiere tener una conversación con usted...”

Ya en la comisaría, las preguntas de rigor: nombre, edad, nacionalidad, oficio, estado civil. Un interrogatorio que duró tres horas. La dejaron descansar para comenzar de nuevo. Así el siguiente día, y el otro, —la luz— aquella luz frente a sus ojos. ¿Cuándo iría a terminarlo?... Ya no resistía...

El sargento se le acercó. Le arrancó la blusa y el sostén. Se cocó una cajetilla de fósforos, encendió uno; con él dio fuego a un cigarro, acercándose luego encendido a los pezones.

Dolor. Era un animal acorralado... pero un animal no se angustia; vive ajustado a su medio, ¿y ella? No supo más.

De nuevo al recuperar el conocimiento, el sargento le dijo:

—Ya recuperará la memoria, ya verá.

Nuevamente el cigarro fue acercado a sus pechos. Primero, uno; después, el otro. Volvió a perder el conocimiento.

Le echaron agua en el rostro... Más tarde comenzaron con los “toques eléctricos”.

—“Por favor”, dijo Raquel. —“No sé nada”; “Sólo soy un enlace”; “Se los suplico”!

Los “toques” recorrieron de nuevo su cuerpo. Una vez más perdió el conocimiento...

Al día siguiente, lo mismo y más...

Le quitaron todas sus ropas. La extendieron en una mesa larga y ancha, comparaleen las esquinillas. A ellos amarraron sus cuatro extremidades.

Allí delante de todos los presentes, la violó el sargento. Después el hombre se volvió al resto de sus subalternos, diciéndoles: —“Se las regalo”; “Pueden hacer uso de ella”; “Pisotéala pero no la mates”; “Después la dejan libre”; “No tenemos pruebas contra ella!”

Doce hombres con ella, sobre ella... por toda ella.

Al despertar, quiso morir.

Ese sería su mejor destino.

Se encontró con que podía irse. Era libre para irse, con su sujeción en el cuerpo.

Alisándose con una mano el cabello y con la otra, cerrando la blusa desgarrada, salió paso a paso del cuarto.

Tomó el camino de la casa de sus suegros. No les ocultó nada. Amaba a su marido pero sí sentía vergüenza. El suegro era un médico respetable; tenía influencias. Llamó a un profesional amigo, quien firmó un dictamen por violación y tortura. Con él en la mano se encaminó al periódico.

El director del matutino era un hombre valiente que también pertenecía a la oposición. Hizo sacar foto-copias; tomó datos y escribió el artículo: —“Sargentos que torturan y violan a mujeres inocentes”; “Era todo un reportaje! Un golpe para el Presidente y sus hombres.

El periódico circuló con locura. No pudieron detenerlo. El sargento fue acusado, imponiéndosele la pena de 20 años de prisión.

Se llevaría a cabo?

Fuentes del Ministerio de Seguridad Pública, expresaron que habría un nuevo sistema coordinado de vigilancia para que no sucedieran esas cosas”.

Raquel se fue recuperando a pesar de la angustia que sentía. Se consideraba culpable pero tenía libertad. Pensó en regresar! Su marido... Habían pasado varios meses.

Fue a la compañía aérea, compró su pasaje e hizo la reservación. Se despidió de sus suegros, tomando el maletín para subir al taxi. —“Por fin, al aeropuerto! De nuevo visas, migración. Todo listo. “Pasajeros del vuelo 403, favor de abordar el avión por la puerta dos”.

Subió al avión. Buscó su asiento. Apretó las manos contra el pecho para detener un poco los latidos de su corazón. —“Dios mío! aquello le parecía mentira”. El avión se fue elevando... Elevando... Elevando...

Veinte o treinta minutos después, dos aeromozas se acercaron de improviso.

Rápidamente la amordazaron y amarraron.

—“Raquel bañó su alma en una lágrima que corrió por su mejilla.

El avión comenzó a sobrevolar sobre el Golfo — un golfo con aguas infestadas de tiburones—.

Sobrevolaba... Sobrevolaba...

Cada vez más bajo... Más bajo...

Más bajo... Más bajo... Las aeromozas abrieron la compuerta para dejarla caer...